

# Editorial

## La peste: signo, síntoma, símbolo

Mientras preparamos esta edición de la revista [*sic*] nuestro país se enfrenta al record de contagios por Covid-19. Al mismo tiempo asistimos a una segunda ola de la pandemia en varios países de Europa, atribuida al igual que el aumento de casos en Uruguay, a un descenso en las medidas de prevención; esto se debe, entre otras cosas, al cansancio en la población, a un hartazgo del confinamiento y al deseo de retorno a una normalidad que recordamos -y como ocurre con el recuerdo, idealizamos- pero intuimos diferente.

Distintas voces surgen en el ámbito social -el grupo de científicos asesores del gobierno, los medios de comunicación, las redes sociales- y generan diversas reacciones: relativa seguridad y, en consecuencia, actitudes racionales de prevención, o escasa certeza y por consiguiente, conductas negadoras o en exceso temerosas y paranoicas.

Hay quienes niegan la existencia del virus y la pandemia, el número de contagios, la alarma sanitaria. Hay también quienes exponen sin rigor científico, las consecuencias de la pandemia y los efectos del virus. Algunos hablan de complot político y económico de proporciones internacionales. Otros prefieren ver en la Covid una defensa del planeta ante la destrucción indiferente del hombre. Sea como sea, la idea ancestral de que la peste es la visualización de un yerro social, de una *hybris* por acción u omisión, está presente en pleno siglo XXI.

Más allá de la verdad o falsedad de las opiniones y hechos -y entre ambos extremos un sinfín de apreciaciones- lo cierto es que asistimos a acciones y reacciones absolutamente opuestas: junto a la solidaridad de grupos sociales con aquellos que menos tienen y que más afectados se han visto, aparece el egoísmo que adquiere su forma más extrema en el miedo al otro. La culpabilización de diferentes sectores (los que viven en barrios aristocráticos, los niños, los jóvenes, los que asisten a marchas de cualquier índole) y la consecuente delación, resultan la cara permitida y aceptada del miedo. Mientras se aplaude (ya no en nuestro país porque los centros hospitalarios no corren, al menos por ahora, el riesgo de verse saturados) a los servidores de la salud, se denuncia al vecino por estar reunido con otros en un espacio público. La Covid ha hecho aflorar lo mejor y lo peor de nosotros, nos ha permitido la esperanza en un mundo mejor y la toma de conciencia de nuestra insignificancia humana frente a un virus cuya pequeñez resulta paradójicamente enorme pues puede conducirnos a la muerte. Por suerte también nos ha enseñado que el temor solo nos paraliza y que nuestro mayor miedo debe ser al miedo.

La peste y el consiguiente contagio no son un mal del siglo XXI sino que hunden sus raíces en la noche de los tiempos. Primero el mito y las formas rituales y luego la literatura y el arte dan cuenta de ello. Dice René Girard:

Hay una extraña uniformidad en los varios modos de tratar la peste no solo en las obras literarias y en los mitos sino también en obras científicas y no científicas del pasado y del presente. Mirándolo bien, son escasas las diferencias que hay entre la exposición positiva y hasta estadística contenida en *Diario del año de la plaga* de Defoe y la narración casi histórica de Artaud en *Le théâtre et la peste*. Sería exagerado afirmar que las descripciones de la peste son todas iguales, pero las similitudes pueden ser más intrigantes que las variaciones individuales [...] La peste está presentada universalmente como un proceso de indiferenciación, de destrucción de caracteres específicos [...] la vida toda se convierte en muerte, que es la suprema indiferenciación (1997: 143).<sup>1</sup>

1 Girard, René (1997). *Literatura, mimesis y antropología*. Barcelona: Gedisa

Entre los bubones que presentan los pacientes del Doctor Rieux y la falta de sueño que aqueja a los habitantes de Macondo, la peste presenta síntomas diversos pero que solo pueden resolverse de dos formas sea cual sea el diagnóstico del mal: la salvación o la muerte y en el medio, el miedo que genera héroes o malditos, altruistas o egoístas.

Desde el punto de vista semiótico y siguiendo la definición de Sebeok, “un síntoma es un signo compulsivo, automático, no arbitrario” (1996: 40)<sup>2</sup> en el que el significado y el significante poseen un vínculo natural. Se trata de una configuración de signos que se rige por normas cuya designación es estable y cuyo estudio ha permitido a la semiótica constituirse como una rama de la ciencia médica. Es un tipo de signo con funcionamiento metonímico en la medida en que actúa como *pars pro toto* y pertenece a la semiótica de la significación ya que la naturaleza inconsciente del síntoma, la ausencia de un emisor intencional, no obedecen a un proceso de comunicación en el que la voluntad del emisor es la clave, sino a un proceso de significación en el que la emisión intencional no se produce y en el que lo que importa es darle sentido a los hechos.

Si bien la pandemia nos enfrenta básicamente a dos tipos de individuos, los que cursan los síntomas y los asintomáticos, desde el punto de vista literario y artístico, no médico, lo que impacta es el contagio de síntomas que ponen en evidencia una situación conflictiva social no resuelta y de los cuales la locura es el que mayor tratamiento estético ha concitado.

El síntoma pues, signo indexical de la peste, es signo porque está “para alguien, por algo, en algún aspecto o disposición”<sup>3</sup> (73). Esta, que es una de las tantas definiciones de signo que ha sido posible contabilizar en la obra de Peirce, pone en evidencia en primer lugar, la condición representativa del signo en la medida en que está “por algo”, es decir, se relaciona con un objeto, lo representa. En segundo lugar, alude a su condición presentativa, o sea, el signo sustituye al objeto, pero solo en una parte de la capacidad sustitutiva. Si reconocemos el objeto al que el signo se refiere, el “aspecto o disposición” es perfectamente captado a partir de un código de reconocimiento cultural. En tercer lugar, alude a la condición interpretativa ya que el signo debe siempre representar algo, debe tener la capacidad de crear otro signo en algún intérprete.

Estas tres condiciones del signo, corresponden a las tres caras del mismo determinadas por Peirce en una visión muy diferente a la binaria de Saussure: representamen, objeto, interpretante. El intérprete, no el interpretante que es otro signo, es el garante de la existencia de la significación, de la función semiótica.

Si el síntoma señala metonímicamente a la peste en su condición de signo indexical, la peste, en relación al ámbito social en el que se genera, puede llegar a transformarse en símbolo, tal como ocurre en la literatura.

Si el signo saussuriano se caracteriza por su arbitraria relación entre significante y significado, el símbolo, en cambio, posee una relativa motivación. Para la filosofía, la literatura y las ciencias sociales se trata de un signo motivado, convencional e incluso eficaz en su poder performativo de realizar lo que significa: pensemos en el caso de los rituales donde claramente decir es hacer. Es motivado en la medida en que implica una relación icónica entre significante y significado y es precisamente en su carácter icónico que originalmente el símbolo es una metáfora cuya significación posee un anclaje que se ha fijado en la cultura. Es su reiteración la que la transforma en símbolo, de ahí su carácter convencional ya que necesita ser reconocido culturalmente a la vez que sistemáticamente codificado (tal es el caso de los diccionarios de símbolos).

El símbolo como *sim-bolon* implica una correlación entre elementos cuya unión permite el reconocimiento entre dos individuos o grupos, por lo tanto, la combinación significativa de elementos distintivos que se vinculan entre sí es lo propio del efecto simbólico. Esta condición lleva a que el símbolo posea una función social ya que opera como integrante de unidades distintivas en las tradiciones de los pueblos. El símbolo es una terceridad porque es ley.

Como símbolo, la peste y su contagio son antes que nada, metáfora de una contaminación social producida por alguna falta de carácter colectivo. La sociedad debe reconocer su *hybris*, su culpa, para poder sanar y a veces, hasta es necesario encontrar un chivo expiatorio que termine con el mal.

En este mundo de signos se mueven los artículos que configuran la presente edición de [sic]. En ella presentamos al lector once artículos que analizan la peste, sus orígenes y consecuencias desde el ámbito puramente literario, pero también -y nos pareció importante que así fuera pues la peste sobrepasa el campo de la literatura- desde las representaciones pictóricas de la misma, sus conexiones con el psicoanálisis y los cuestionamientos culturales y filosóficos, y hasta una posibilidad de lectura desde la ecocrítica.

2 Sebeok, Thomas A. (1996). *Signos: una introducción a la semiótica*. Barcelona: Paidós

3 Marafioti, Roberto (2004). *Charles S. Peirce: el éxtasis de los signos*. Buenos Aires: Biblos

Charles Ricciardi reflexiona sobre la larga tradición del tema de la peste en la literatura y su sentido metafórico que pone en evidencia la impureza política, humana y moral que aqueja a la sociedad en la que la peste se instala. Esta subvierte el orden social y genera la necesidad de restablecerlo. Su análisis parte de Homero y llega hasta la Covid-19, pasando por el Uruguay del siglo XIX en el relato de Marcia Collazo, *El día de los cuchillos largos*. En este trayecto histórico-literario, “el artículo trata de mostrar: 1) cómo la peste exige que se la lea y 2) cómo esas lecturas tienden a ser míticas y metafóricas”, lo que “pone a la peste siempre cerca de la ficción”.

Álvaro Revello, en el artículo “2020, el año que vivimos en pandemia”, intenta iluminar nuestra actual coyuntura a través de textos que rastrea desde la antigüedad hasta nuestros días. En el artículo se exponen autores tan diversos como San Isidoro de Sevilla, Tucídides, Ovidio, hasta llegar al muy actual Paolo Giordano; todos ellos caracterizando la peste a través de sus síntomas e intentando una explicación: castigo del poder divino, algunos, declive del poder político, otros, *hybris* todos.

La ciencia ficción, con su carácter especulativo y anticipativo, nos invita a reflexionar sobre los aspectos éticos personales y sociales que envuelven a toda situación de epidemia y posible contagio por efectos de la peste. Gabriela Perazzo en “Lo que la ciencia ficción anticipó. Lectura comparativa de “La máscara de la muerte roja” de E. A. Poe y *Oryx y Crake* de Margaret Atwood”, establece un dialogismo entre ambos textos, el primero gótico y el segundo apocalíptico distópico, destacando semejanzas y, sobre todo diferencias de enfoque en ambos relatos.

Valentín Davoine en “El pecado que te contamina en cuerpo y alma. Acerca de una epidemia de no-muertos en una saga de islandeses”, analiza un relato (*La saga de los habitantes de Eyr*) que, dentro del género, resulta atípico por su estructura peculiar. El artículo se centra en dicha estructura que parece, en principio caprichosa, pero que a la luz de modernas investigaciones y lecturas, resulta totalmente coherente en la presentación de la epidemia de no-muertos y en el esquema cristiano de pecados, virtudes, castigo y rituales que se encuentran en la raíz y finalización de la peste. Al igual que en otros relatos literarios, la peste está vista como “un evento de implicaciones cósmicas” y como “signo de un estado alterado de la sociedad”.

La intertextualidad une dos textos muy distantes entre sí: la *Divina Comedia* de Dante y el breve libro de Washington Benavides *Selva selvaggia* (2017). En el artículo “*Selva selvaggia*: Benavides mira ‘la oscurana’ padre”, Damián González Moreira señala cómo los primeros versos del Infierno de Dante prestan su simbolismo al libro del autor uruguayo. En él, la salvaje selva alude a la situación infernal instalada en varios países latinoamericanos, incluido el nuestro, por el Plan Cóndor y las dictaduras de la década del 70. La “oscurana dictatorial” de la que da cuenta el libro de Benavides afecta, en este caso, a los seres marginales y marginados, solitarios y olvidados por la historia cuya orfandad es producto de un régimen opresor que ve al comunismo infestando monstruosamente a lo más genuinamente uruguayo.

André de Sena Wanderley en “A melancolia pandêmica e o horror em *Bile negra* de Oscar Nestarez” (2017) escoge para trabajar un texto en el que la melancolía, peste que se ha manifestado en diversos personajes de la literatura clásica obligándolos a acciones insanas (Ajax, Heracles, Werther) se apodera también del personaje de este relato que linda con el horror y cuyas influencias están en Poe, Lovecraft, Baker y también en la cultura pop y queer, entre otros.

Algunos artículos de los que hoy presentamos, abordan el tema de la peste, no desde lo estrictamente literario, sino desde aspectos que lindan con lo filosófico y cultural.

El artículo de Hugo Achugar “¿Pensar todo de nuevo?” invita a reflexionar sobre la validez de “los viejos instrumentos críticos y teóricos” para leer el mundo actual y sobre el concepto de Estado-nación en la situación en que nos ha colocado hoy la pandemia por la existencia de fronteras lábiles que no alcanzan a protegernos de ella. Cuestiona, así mismo la expresión “volver a la antigua normalidad” pues retornar a ella implica sumergirse nuevamente en la inequidad social, educativa y cultural propia del sistema capitalista.

La fragilidad de la época que nos ha tocado vivir, las incertidumbres a las que nos enfrentamos y el malestar con el presente que nos llevan a querer anticipar y conocer el futuro, son algunas de las reflexiones que guían el artículo de Luis Correa, “La pandemia y lo ominoso: en los límites del sentido. Literatura y psicoanálisis”. Los conceptos freudianos de lo “ominoso” y “malestar” surgen de pensar “la literatura de ficción, particularmente los sub-géneros de suspenso y horror, como un intento de hacer más tolerable algo inabordable que nos habita”.

Desde la ecocrítica y pensando el desastre ecológico como la gran pandemia a la que debemos hacer frente en el Antropoceno, Sofía Rosa elabora sus reflexiones en el artículo “Con el agua al cuello: el hundimiento del Titanic como metáfora ambiental del Antropoceno”. La tragedia del Titanic sirve de metáfora

ambiental para comprender la globalización del desastre ecológico y “nuestras formas de habitar la catástrofe”. La metáfora marítima aplicada a las perspectivas ambientales y ecológicas de nuestro planeta, “parece regresarnos a la materialidad del mundo de la vida, a la arbitrariedad de las fuerzas naturales y a la posibilidad del naufragio”.

Los dos últimos artículos convocan al lector desde la perspectiva de la historia del arte.

En “La peste en la historia del arte”, Fernando Rodríguez Compare analiza diferentes obras artísticas que dan cuenta de diferentes azotes pandémicos en épocas diversas. En su trayecto, analiza obras pictóricas, fotografías, grafitis que testimonian la “peste negra”, la “peste blanca”, la “peste rosa”.

Carolina Porley, en el marco de una investigación mayor y en curso, cuyos distintos anticipos han aparecido en diferentes medios (el último ha sido *Brecha*, octubre 2020) se centra en el análisis de la pintura *Llegada a Montevideo de la epidemia en 1857* cuya autoría corresponde a Luis Voena (1859). Establece diferencias y semejanzas entre esta pintura y la de Blanes: *Un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires*, para concluir que en ambas obras se aprecia “el carácter transicional del período respecto a lo que José Pedro Barrán definió como el pasaje de la sensibilidad ‘bárbara’ a otra ‘civilizada’ en el último tercio del siglo XIX”.

Por último queremos señalar la presencia en este número de [sic] de tres reseñas de libros de absoluta actualidad que esperamos, esa es al menos la intención, den el pie para instalar de forma definitiva esta actividad en nuestra revista. Soledad Castro Lazaroff es la encargada de reseñar el libro de ensayos de Hugo Achugar: *Piedra, papel o tijera. Sobre cultura y literatura en América Latina*; Sebastián Miguez Conde reseña *Cuentos de la peste*; Camila Areco lo hace con *Sopa de Wuhan*.

Todos los trabajos presentados en este número y sus diversos enfoques muestran el interés concitado por el tema de la peste. Reflexionar sobre un fenómeno que nos ha tomado por sorpresa, nos ha obligado a un relativo confinamiento, ha alterado nuestra vida cotidiana y nuestras formas de relacionamiento y nos ha sumido en incertidumbres varias, es tarea que nos compete a todos. Dejar constancia de estas reflexiones es tarea que nos compromete con el futuro. Escribirlas es una forma de exorcismo.

Silvia Viroga, diciembre, 2020